



PATRIMONIOS
CULTURALES:
EDUCACIÓN E
INTERPRETACIÓN.
CRUZANDO LÍMITES Y
PRODUCIENDO ALTERNATIVAS

Xerardo Pereiro, Santiago Prado
Hiroko Takenaka (Coordinadores)

12

DEL PATRIMONIO CULTURAL AL INDUSTRIAL: UNA MIRADA SOCIOANTROPOLÓGICA

JOSÉ IGNACIO HOMOBOÑO MARTÍNEZ

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

En este texto no se pretende definir el concepto de patrimonio cultural, dar cuenta de su construcción social, ni tan siquiera de su activación; sino tan solo contextualizar la exploración de uno de sus ámbitos más destacados en la modernidad tardía y, paradójicamente, menos explicitado: el patrimonio industrial¹; al menos desde la antropología social y la sociología, tan cautivas como otros saberes de esa obsesión memorialista que es la eclosión del patrimonio.

Porque la noción de patrimonio cultural suscita connotaciones de valor artístico, histórico e incluso ancestral, de cultura tradicional, de legado constitutivo o constructivo de la identidad cultural de un grupo social, capaces de conferir la ilusión de estabilidad o de continuidad en el tiempo. En detrimento de las de su uso, transformación, innovación y cambio. La mirada patrimonial, no exenta de nostalgia, que contempla determinados bienes como una herencia culturalmente valiosa –porque la cultura en su integridad no se puede conservar– precisa una cierta distancia histórica, de una discontinuidad temporal con las formas de vida precedentes. Y si algo caracteriza a las sociedades de la modernidad tardía o líquida, también denominadas postindustriales, es su discontinuidad con respecto la sociedad industrial, y el que las grandes fábricas, el hábitat obrero, la *ciudad carbón*, las expresiones de sociabilidad y las culturas de la industrialización hayan perdido funcionalidad y vigencia. La obsolescencia y la escasez confieren un valor añadido a la consideración como patrimoniales de los referentes materiales e ideativos de la cultura industrial, antes flete rentable y hoy –una vez

¹ De cuyo análisis más concreto y aplicado me he ocupado en otro lugar (Homobono, 2007).

agotado el ciclo productivo de las actividades fabriles- mero punto de anclaje, también de la memoria y de la identidad.

Sirven a nuestro propósito algunas aportaciones que, desde la antropología social y/o la teoría sociológica, han contribuido a delimitar el concepto de patrimonio cultural y de sus procesos de legitimación y de activación; a partir de una perspectiva socioantropológica², que presidirá la reflexión que sigue.

El patrimonio cultural es una síntesis simbólica de referentes identitarios pero, sobre todo, una construcción social, un acto de legitimación y, como tal, constitutivamente objeto de invención o de activación selectiva y reflexiva, a cargo de agentes como el poder político y la sociedad civil, con objeto de mostrar y ensalzar una imagen del “nosotros”, de la identidad de una comunidad. Desde una perspectiva sociocultural, aquél no se reduce a los recursos patrimoniales, rasgos culturales ni objetos heredados del pasado, aunque éste sea un factor primordial, ni tan siquiera a los actualmente existentes; se trata de un fenómeno vivo, en permanente cambio y construcción. En definitiva, fruto de la inventiva de las sociedades y de los grupos que las constituyen; de la identidad, de la memoria, y del saber de los mismos. Si la identidad es la esencia colectiva, el patrimonio constituye su manifestación “natural”, incólume al paso del tiempo y que es preciso conservar (Peralta y Anico, 2006: 1). Y que se convierte en:

“[...] una operación de selección, de extracción de un objeto, de un lugar, de una institución que se desea arrancar del olvido y conservar, y en el que la colectividad en cuestión se vuelve a encontrar en torno a

² Es decir, la de quienes sostenemos que el estudio de las sociedades complejas implica la articulación y complementariedad entre la antropología social y la sociología, una vez que la primera ha renunciado al estudio exclusivo del *otro* y la segunda a las generalizaciones macrosociales y al empirismo cuantitativo (Homobono, 1992: 164-166; 2000: 7, 25; 2003: 20-21; 2004, 129, 135-136). La interdisciplinariedad, nunca ausente del todo a lo largo de la historia de ambas ciencias sociales, se hace hoy imprescindible y tiende a consolidarse como campo epistémico a partir de la definición como socioantropológicas de investigaciones que subrayan las convergencias e intersecciones de ambas disciplinas (Bouvier, 2000). Esta perspectiva metodológica informa la publicación *Socio-Anthropologie. Revue interdisciplinaire de sciences sociales*, que ha dedicado su número monográfico 19 a “Les mondes du patrimoine” (2006).

una identidad real o reconstruida. Cada grupo humano debe así navegar entre el poder del olvido, el deber de la memoria y la invención de la tradición” (Segalen, 2003: 45-46).

Es decir, no existe patrimonio hasta que determinados agentes no activan los mecanismos simbólicos que permiten dinamizar una determinada versión de identidad³, con cierto grado de legitimidad y plausibilidad, fruto de su hegemonía ideológica o de negociación consensuada. Poniendo en juego prácticas sociales mediante las que un colectivo pretende reconocerse. Valorizando primero y activando después un repertorio patrimonial, apelando a una memoria selectiva de ciertos referentes en función de sus actuales intereses. Interpretación alejada de esencialismos o reificaciones, pero que no impide la instrumentalización del patrimonio cultural al servicio de discursos identitarios, en estrecha relación con expresiones vehementes y obsesivas de identidad. Porque el patrimonio es un conjunto de símbolos sacralizados, de reliquias legitimadas que un colectivo decide preservar y reconocer como propios; y hablar de tal representación colectiva es hacerlo de identidades, resultantes de nexos entre pasado, presente y futuro; aquel es fruto de una construcción social contingente, relacional y situacional, como las propias identidades (Agudo y Fernández, 1999: 10; Prats y Santana, 2005: 9-10, 23-25; Peralta y Anico, 2006: 2-3).

Este concepto de patrimonio cultural se asocia a referentes tales como los recursos o bienes culturales significativos -tangibles e intangibles- socialmente considerados dignos de preservación por motivos no utilitarios, a modo de ejercicio de celebración de la memoria colectiva, que contribuyen a representar y construir la identidad colectiva –social y cultural- de un grupo y le permite diferenciarse de otros, y muy particularmente la identidad local. Una identidad por oposición que subraya la hipotética homogeneidad del intragrupo y la continuidad en el tiempo del nosotros, magnificando la diversidad con respecto a los otros, soslayando las discontinuidades y neutralizando las contingencias históricas. Los referentes simbólicos patrimoniales

³ Porque el patrimonio cultural presenta, además de esta dimensión simbólica, otras como la política y la económica, todas ellas estrechamente interrelacionadas (Santamarina, 2005: 43-46).

gozan de capacidad de evocación y condensación de significados culturales, en grado directamente proporcional a la potencia de sus atributos legitimadores. Porque ningún rasgo cultural tiene un valor patrimonial inmanente, aunque cualquiera de ellos puede patrimonializarse, “sin importar el soporte en el que se manifiesten, su materialidad o intangibilidad, o el contexto del que procedan” (Agudo, 2006: 64).

El concepto de bien cultural se ha ido ampliando durante las últimas décadas, hasta incluir las dimensiones inmaterial y popular de la cultura. Expansión cualitativa y ampliación cuantitativa, en cuatro direcciones principales, hasta incluir: “a) tanto las obras de la alta cultura como las de la cultura popular; b) tanto las de las minorías letradas y cultivadas como las de las mayorías inmersas en una cultura oral; c) tanto las expresiones muertas como las vivas; d) tanto las formas rurales, de raíz antigua, como las urbanas, de origen más reciente” (Ariño, 2002a: 341; 2002b: 137).

El patrimonio cultural integra diversas miradas y significados, seleccionando y resemantizando éstos, priorizando la evocación de identidades y la idealización, a modo de “mixtificación neorromántica del pasado en consonancia con un creciente consumo de tradición”, una vez despojado lo tradicional de sus connotaciones de atraso y primitivismo (Agudo, 2006: 81-84). El patrimonio obtiene valor en cuanto representa a un colectivo, rememorando los valores y prácticas socioculturales relacionados su pasado, y soslayando la modernidad. Porque la gestación del concepto nace con el romanticismo⁴ y se incardina en la tradición folklorista decimonónica, que exalta los referentes nacionales y subraya los matices locales, al servicio de la construcción de identidades colectivas. Así han visto el patrimonio los antropólogos, pero el activo patrimonial también sirve para reconstruir territorios locales, repensar la identidad grupal, dinamizar las relaciones sociales y activar el desarrollo local.

No obstante, un repertorio potencial de recursos no constituye patrimonio hasta ser activado por determinados discursos sobre la

⁴ El cual propone diversos criterios de legitimación supracultural de los referentes simbólicos patrimoniales: la naturaleza, la historia y la inspiración creativa.

identidad, vehiculados por diversos agentes en demanda de legitimación avalada por la sacralidad de unos referentes patrimoniales, custodiados en templos tales como museos, parques naturales y temáticos, catálogos o inventarios; y activados mediante acontecimientos puntuales como las exposiciones temporales, o rituales como las fiestas populares. En definitiva, el patrimonio no solo es un simple acervo de recursos, sean materiales o ideativos, tangibles o intangibles; sino una construcción social, a cargo de agentes que activan selectivamente procesos de producción y circulación de bienes, valorados en función de sus intereses, con objeto de legitimar y activar una determinada versión de la identidad grupal, que se proyecta y difunde. Aunque en todo proceso patrimonial deba distinguirse entre estos agentes y la comunidad imaginada o grupo de referencia de los mismos.

El sujeto agente hegemónico de todo proceso de construcción, legitimación y activación patrimonial es el poder político, detentado por los gobiernos estatales, regionales o locales y por los movimientos nacionalistas, que hacen de aquél fuente de legitimación, vía la de sus respectivas comunidades imaginadas⁵. Investigadores y profesionales de la gestión –entre ellos los antropólogos– gozan de un cierto grado de autonomía, otorgando credibilidad a las definiciones patrimoniales. Pero el agente alternativo es la sociedad civil, sus individuos y grupos sociales, a partir de su demanda de bienestar cultural, vehiculada por movimientos sociales y organizaciones civiles, fundamentalmente las asociaciones de defensa del patrimonio⁶. Todos ellos tratan de potenciar la sensibilización de las sociedades locales concernidas acerca de la significación de estos

⁵ Inicialmente la labor de conservación patrimonial fue emprendida por el Estado, como parte de su estrategia de construcción de una memoria nacional unitaria, en detrimento de memorias locales, señoriales o eclesiásticas. Hoy, en cambio, el protagonismo patrimonial se ha transferido a los agentes locales y regionales, que tratan de reinventar vínculos, saberes e identidades cuestionados por la modernización y por la globalización cultural (Segalen, 2003: 42-47).

⁶ Porque, uno de los cambios más significativos en este campo es una verdadera proliferación de asociaciones cuyo objetivo es la defensa del patrimonio cultural, y cuyo compromiso cívico vincula indisolublemente patrimonio, memoria, identidad y lucha por la calidad de vida (Ariño, 2002a: 343-344; 2002b: 143-144).

referentes patrimoniales, y su incardinación en el imaginario colectivo.

Además, estas actuaciones están sometidas a intereses económicos. Porque el patrimonio no se agota en esta rentabilidad simbólica, sino que también suscita la creación de recursos turísticos y su consumo, políticas de desarrollo local o reutilización de infraestructuras obsoletas. El turismo, en concreto, convierte al patrimonio en instrumento del desarrollo local. Hablar de patrimonio “es sinónimo de puesta en valor y por extensión de espectacularización del territorio como marca de identidad” (Lasmenes, 2006: 106). Los procesos de patrimonialización permiten a un grupo –local o supralocal- elaborar su identidad en torno a un referente emblemático y pensarla en términos territoriales, demarcando un lugar, un ámbito de pertenencia y contribuyendo a construirlo; porque es él quien valoriza sus referentes patrimoniales.

Este es un proceso no exento de fricciones y conflictos; porque el patrimonio cultural no solo expresa la identidad de quienes comparten un conjunto de bienes, sino también luchas por el acceso preferente a este capital cultural, en función de diferentes intereses y valores. Ningún agente se sustrae a la dependencia del poder político, a quien compete otorgar o no su beneplácito a cualquier tipo de actuación. A partir de estos imponderables, el patrimonio cultural es objeto de manipulación y de instrumentalización, pero el resultado de la dialéctica entre agentes no excluye su puesta en servicio en pro del bien común, de “proyectos y realizaciones de patrimonialización que pueden producir una forma específica de desarrollo local” (Maurines, 2006: 123).

En cuanto al patrimonio industrial, una noción extensiva del mismo comprende tanto los componentes de la cultura material –arquitectónicos, técnicos, simbólicos, artísticos, funcionales- como los inmateriales, tanto las trazas materiales como las experienciales, es decir los saberes, mentalidades, valores y subculturas vinculadas a los agentes que protagonizan la extracción, producción y reproducción en las sociedades industriales y sus culturas del trabajo, y más específicamente, en el ámbito fabril; porque la memoria del trabajo son también los propios trabajadores. Sin embargo, se tiende a

fetichizar los artefactos, edificios y tecnologías, en detrimento de las dimensiones sociales y culturales, a hacer desaparecer el trabajo de los antiguos escenarios productivos, y a conservar fragmentos descontextualizados (Castillo, 2004: 4-5). Este planteamiento es hijo directo de la etnología, que comenzó a valorar los objetos no específicamente artísticos de las sociedades preindustriales. Y, sin embargo: “El patrimonio industrial es una apuesta y una oportunidad, un testimonio de la vida cotidiana, de la memoria del trabajo, de la historia del lugar. Un recurso económico, turístico y cultural” (Álvarez, 2003: 38).

Si el concepto de patrimonio cultural es novedoso, el más específico de patrimonio industrial resulta prácticamente inédito desde un punto de vista sociocultural, y esta expresión viene siendo utilizado por historiadores y arqueólogos industriales de forma reduccionista, para referirse casi exclusivamente a sus dimensiones materiales. Contribuyen a esta perspectiva sesgada factores vinculados con la génesis del saber antropológico: unos de tipo histórico y otros epistemológicos. Sin embargo, ya los folkloristas decimonónicos, pioneros de la *ethnologie* en el ámbito francófono, pese a su manifiesta preferencia por la cultura y la sociedad rurales, intuyen la originalidad y la importancia de las nuevas expresiones culturales vinculadas a la producción industrial y a la clase obrera.⁷ Pero será preciso esperar hasta que –a mediados del siglo XX– la actividad investigadora y la labor museística de Georges Henri Rivière, creador del concepto de ecomuseo, pongan de manifiesto la fecundidad del ámbito de la empresa y de los trabajadores industriales en materia de (re)construcción de subculturas específicas⁸ (Gérôme, 1991: 257-259).

⁷ Paul Sébillot recopiló, en 1894, un amplio elenco de cuentos, leyendas, creencias y supersticiones vinculadas a los trabajos públicos, las minas y los oficios industriales. Labor pionera, aunque no exenta de un cierto pintoresquismo al partir de rasgos desvinculados de las condiciones sociales de producción y de la cultura global; y coherente, frente a la actitud dubitativa de Arnold Van Gennep, que oscila entre el reconocimiento de la vitalidad de la subcultura obrera y la consideración de la gran industria como factor de desagregación -e incluso destrucción- de la vida popular tradicional.

⁸ En concreto el ecomuseo de Le Creusot, creado en 1973, es la experiencia emblemática en el ámbito del patrimonio industrial, y concilia investigación, desarrollo local e implicación

La actitud de folkloristas y etnógrafos españoles hacia la cultura y el patrimonio industriales no es menos restrictiva, incluso allí donde – como en Cataluña y en el País Vasco- la sociedad industrial emerge a la par que estas disciplinas, durante la segunda mitad del siglo XIX. Aquéllos colocan el énfasis sobre las costumbres y formas de vida propios del pasado, de la sociedad rural tradicional, en detrimento de cuanto concierna a la trilogía referencial de lo moderno, urbano e industrial. El emergente nacionalismo, de tintes neorrománicos, efectúa un proceso selectivo de cuanto merece ser considerado patrimonio cultural y por tanto investigado, conservado, difundido y reinventado; en definitiva, de construcción histórica de la noción de patrimonio etnológico. Folkloristas catalanes y etnógrafos vascos comparten una visión patrimonial de sus respectivas sociedades como museo a inventariar, coleccionando retazos de una cultura que se extingue y conservando la tradición oral, con un especial énfasis por la “cultura material”, campesina y pastoril en el caso vasco, cuyos elementos se convierten en demarcadores étnicos. La industria y su correlato urbano, asociados a la modernidad y al mercado, al capitalismo y al cambio social, al multiculturalismo vehiculado por la inmigración y a la secularización, se contemplan como etnicidas, desestructuradores y espúreos, soslayándose intencionalmente expresiones tanto de la cultura de las elites industriales autóctonas como de la popular de las clases subalternas, autóctonas o alóctonas (Prats, 1993: 150-155; Prat, 1999: 90, 95; Homobono, 1992, y 2000: 32).

Estos planteamientos contrastan vivamente con los sustentados por pensadores del periodo intersecular⁹. Como el de un joven Miguel de Unamuno, que había asistido a la profanación del paisaje de su

de la población “a partir de una concepción antropológica de la cultura, en fecunda conexión con la arqueología industrial y la historia de la técnica” (Homobono, 2007: 14).

⁹ El pionero interés por tecnologías, objetos y maquinarias industriales obsoletas se concreta en la creación de museos de las ciencias y de las técnicas, el primero de los cuales fue promovido en París (1794). Museos que, desde sus inicios, emergen como espacios pedagógicos de acción didáctica y formativa. Paralelamente, el turismo ilustrado e intelectual valora industrias, minas y grandes infraestructuras como enclaves dignos de visitar, desde Jovellanos a finales del siglo XVIII hasta Max Weber al término del XIX (Homobono, 2007: 7).

recoleta Bilbao natal por el humo de las chimeneas siderúrgicas, por el polvo de los montes hendidos por las explotaciones mineras, y por el crecimiento urbano. Este autor, que detesta los cambios impuestos por la industrialización, va a emitir –sin embargo– un lúcido pronóstico acerca de la conversión en elementos patrimoniales de artilugios técnicos e infraestructuras fabriles carentes de funcionalidad en el futuro, así como el papel a desempeñar por este futuro patrimonio industrial¹⁰. Y lo hace en 1898, cuando apenas la industrialización vizcaína se consolida y los anfitriones de los visitantes de Bilbao ya llevan a éstos a visitar los Altos Hornos, con preferencia a cualquier monumento clásico o enclave paisajístico:

“Alguien ha dicho que, dentro de algunos años, las actuales máquinas de vapor, sustituidas por otros motores, se convertirán en monumentos arqueológicos, yendo a parar a museos. Puede muy bien suponerse, con igual razón, que esas altas chimeneas de las fábricas, cuyo humo se divisa desde la reliquia de la vieja Torre de los Zurbarán, llegarán a ser también curiosidad arqueológica, “mudos testigos de cuanto fue y ha muerto”. Y como un romántico de hoy puede ir a la Casa-Torre begoñesa a meditar en el irreversible fluir del tiempo y en la eterna mudanza de las cosas, así podría ir mañana un futuro romántico al pie de las ruinas que de nuestros actuales Altos Hornos queden”¹¹ (Unamuno, 1973 [1898]: 140).

En nuestros días perduran componentes de la precitada ideología romántica que otorga la primacía a los vestigios de una sociedad desestructurada por los cambios, ya se trate de sus componentes rurales o incluso los de la sociedad industrial y de su cultura popular. Interés cognitivo que conduce a sustentar una noción de patrimonio etnológico diseñada para pensar y gestionar el artístico y

¹⁰ Que será la de activar –a modo de cronotopos– la memoria de su férreo ciclo, de modo análogo a como las torres medievales suscitan la evocación de la sociedad tradicional. Aunque, lejos de románticas ensoñaciones, se trate de un escenario conflictivo, ayer entre banderizos y linajes, y hoy entre caciques y elites industriales (1973: 140-141).

¹¹ Los monumentos y ruinas industriales, como hoy defiende Diane Barthel, son “ocasiones para la reflexión”, puesto que “los objetos mismos pueden hablar más alto que las palabras” sobre su construcción social de significado en el pasado y sobre su reconstrucción por los actores sociales hoy implicados (cfr. Castillo, 2004: 20).

arqueológico, referida a objetos a conservar, documentar y mostrar en museos; y supeditada a la reproducción de identidades nacionales, regionales o locales, cuya eclosión se vincula con la demanda de legitimación ideológica expresada por las instituciones autonómicas y locales. El patrimonio etnológico se con-vierte en dominio preferente de museólogos, etnógrafos y folkloristas, cuyos inventarios de rituales festivos, expresiones de sociabilidad o hábitos alimentarios eluden sistemáticamente las áreas urbanas y/o industriales (Homobono, 2000: 32). Pero también de colectivos disciplinarios como los historiadores o los arqueólogos, cuya hegemonía –bajo la rúbrica de arqueología industrial– resulta especialmente manifiesta en el ámbito del patrimonio industrial.

Hace poco más de una década que la antropología social española se interesa por el patrimonio cultural, y aún hoy apenas lo hace por el específicamente industrial. La antropología académica desdeñó el estudio del patrimonio como algo propio de la aplicada¹² y/o como mera salida profesional. Por otra parte, la actuación del antropólogo como agente patrimonial se ha limitado a menudo a legitimar demandas identitarias o iniciativas turísticas al servicio de intereses políticos o económicos, o por el contrario de los movimientos preservacionistas, comprometiéndose como parte en los procesos de patrimonialización, en detrimento de su función de analizar objetiva y críticamente la cultura y de promover, en todo caso, la dinamización de la sociedad civil (Prats, 1993: 155-63 y 1997: 97-103; Segalen, 2003: 41; Anico y Peralta, 2005: 32-33).

Tampoco resultarían ajenos a este escenario factores intrínsecos al proceso constitutivo de la antropología social/cultural. Esta, definida como estudio del *otro*, de lo raro y exótico propio de sociedades tradicionales o primitivas, ha rehuido hasta etapas no muy lejanas en el tiempo el estudio de las sociedades industriales, complejas y

¹² Esto explicaría que el único equipo de investigación aplicada dedicado asiduamente al estudio del patrimonio industrial –y en concreto el minero en Riotinto– ha sido el sevillano *GISAP*, integrado por Esteban Ruiz, Javier Escalera y Macarena Hernández. Se han estudiado asimismo otros procesos de desactivación extractiva y conservación patrimonial en la cuenca minera vizcaína y en diversos enclaves de la geografía española (cfr. Homobono, 1994 y 2007). El panorama internacional no resulta mucho más halagüeño.

urbanas, previo desplazamiento de su objeto de interés hacia las sociedades campesinas del tercer mundo y los sectores rurales del primero. Proceso no exento de dificultades –focalización en el *nosotros*, heterogeneidad cultural–, de mala conciencia al ubicarse en el polo opuesto a la alteridad cultural definitoria de la disciplina, y de un propósito no explícito de salvaguardar e inventariar cuanto parece destinado a desaparecer (Homobono, 2000: 7-8; 2004: 129). El campo de actividad propio de la antropología estaría, por consiguiente, formado por las actividades preindustriales o artesanales, particularmente las vinculadas al sector primario. Hasta tal punto que, aun existiendo una sólida antropología urbana y de las sociedades complejas, la antropología del trabajo industrial o de la empresa, por no hablar de la antropología del patrimonio industrial, experimentan un escaso desarrollo.

Y, sin embargo, la antropología social implantada académicamente se ha desembarazado de antecedentes incómodos, como el folklore y sus campos de estudio, tales como los adscritos al patrimonio inmaterial o ideativo de las sociedades tradicionales. Esta misma antropología dejó el estudio de la cultura material en manos de historiadores del arte, arqueólogos o museólogos (Ortiz y Prats, 2000: 247). En cualquier caso, durante las última década el concepto de patrimonio etnológico se ha abierto camino en el ámbito de la reflexión y del trabajo antropológico, incluso a costa de conceptos otrora más consolidados como el de cultura popular (Prat, 1999). Lo que coincide en el tiempo con la promulgación de leyes de protección del patrimonio histórico y/o etnográfico por diversas comunidades autónomas, que siguen a la dictada por el Estado en 1985. Se crean, asimismo, centros de gestión y programas de inventarios patrimoniales; concretándose en la creación de espacios públicos, actividades turísticas y la consideración de aquél en la planificación territorial. En el interés por el patrimonio convergen políticas e intereses de diversos agentes: administraciones públicas, instituciones patrimoniales, asociaciones de defensa del patrimonio, investigadores del mismo y profesionales de su gestión: museólogos y promotores de exposiciones, archiveros y antropólogos.

En cuanto a la sociología, esta disciplina no está lastrada por los *handicaps* precitados, puesto que resulta explícito su propósito de explicar las sociedades modernas y complejas; es decir las industriales

propias de su periodo constituyente y las postindustriales de la modernidad avanzada. Pero, a pesar de sus notorias contribuciones al estudio de la tradición y al de las culturas populares, apenas se ha percatado de la emergencia de la noción de patrimonio cultural en tanto que figura propia de la modernidad tardía, y de su relevancia para la legitimación de identidades colectivas por referencia al pasado¹³ (Ariño, 2001b). Y aunque, a partir del estudio del consumo cultural, tema recurrente de investigación, pueden conocerse las demandas y expectativas, las concepciones colectivas, los criterios de valoración y los niveles de identificación con el patrimonio cultural de una sociedad. Como también la relación entre las dimensiones ritual, asociativa, comunicativa, educativa e identitaria de éste.

El colapso de los sectores industriales emblemáticos: siderometalúrgico, naval y minero, y la traumática desindustrialización de zonas y regiones minerofabriles ha generado un inesperado legado patrimonial de instalaciones industriales obsoletas, o simplemente no competitivas, en buena medida musealizadas. Su puesta en valor afianza señas identitarias, en crisis, de la memoria obrera, reafirma sentimientos de pertenencia a la comunidad local; y activa el turismo cultural, que pasa a menudo por

¹³ A partir de la sociología, y en concreto de la sociología de la cultura, apenas se ha formulado otro tipo de aproximación a la comprensión del patrimonio que las investigaciones acerca de las prácticas de consumo cultural, con el propósito de contribuir al diseño de políticas culturales. Para una disciplina de índole más aplicada que la antropología, no deja de sorprender la escasez de estudios sobre el patrimonio cultural en cuanto recurso ideativo, económico y social. Una notoria excepción es la de Antonio Ariño, cuya reflexión teórico-metodológica sobre el patrimonio cultural se vincula con el estudio del asociacionismo dedicado a su defensa (2001; 2002 a y b); labor continuada desde su misma Universidad de Valencia por el también sociólogo Gil-Manuel Hernández en publicaciones (2005) y congresos, y en colaboración con varios antropólogos. Así como también la línea de investigación de Juan José Castillo, a partir de la sociología del trabajo, acerca del papel de la memoria del trabajo en la recuperación del patrimonio (2004), su tarea docente (UCM) desde el curso de doctorado sobre arqueología industrial, y su contribución al inventario de patrimonio industrial de la Comunidad de Madrid. Y a la mía propia, en estrecha asociación en su primera fase (Homobono, 1993 y 1994) con historiadores de la economía, del trabajo y del arte, y con expertos en arqueología industrial.

los enclaves y saberes industriales¹⁴, o de su simple reconversión/reutilización (Bergeron y Dorel-Ferré, 1996: 72-75).

La reflexión sobre el concepto y contenido del patrimonio industrial, y más aún sobre la memoria de la condición obrera, las culturas del trabajo y las relaciones sociales de quienes habitaron el paisaje y los espacios industriales, plantea un nuevo reto a la antropología social: particularmente en su adjetivación de histórica pero también de industrial, concernidas por los colectivos de trabajadores privados de su puesto de trabajo por la reconversión, por las redefiniciones de la identidad de las sociedades locales afectadas, y por la memoria colectiva de grupos, clases sociales y comunidades territoriales. Porque la identidad que se reivindica es más el eco de una catástrofe reciente que de un pasado nostálgico o de un presente trivial (Andrieux, 1992: 43-46; Álvarez, 2007: 9-10).

Antropólogos y sociólogos están capacitados metodológicamente para estudiar los procesos de activación patrimonial y legitimación de identidades, en términos de proyección de futuro; y, en cuanto agentes, están en posición de comprometerse —o no— con determinadas actuaciones, vistos los intereses y expectativas implicadas (Prats, 1997: 102). Sólo la antropología social y la sociología cultural permiten comprender, mediante técnicas como la observación y la entrevista, y un análisis crítico y procesual, niveles de la realidad sociocultural casi inaccesibles a otros saberes, como pueden ser la arqueología o la historia industrial, acreedoras fundamentalmente del vestigio tangible y de las fuentes documentales, y sólo en escasa medida de la historia oral.¹⁵

¹⁴ Así ha sucedido con los enclaves emblemáticos de tantas regiones minero fabriles. Hewison (1987), sostiene que de este modo el pasado industrial es trivializado, esterilizado y embalado como reserva nostálgica. Sin embargo el turismo industrial es una alternativa de desarrollo local, potencia la autoestima de la sociedad local, y se incardina en una dinámica de reencantamiento del mundo asociada a la patrimonialización cultural. Su puesta en valor requiere una labor paralela de pedagogía de la población local y de sensibilización hacia los valores patrimoniales (Homobono, 2007: 7-9).

¹⁵ Aunque incluso estos “archivos sensibles” que son los objetos e imágenes del mundo obrero permiten aproximarnos a pretéritas culturas sindicales o de clase, de oficio o de empresa: tales como las fotografías, la prensa obrera y su iconografía, símbolos como las banderas sindicales o los emblemas de empresa, así como los monumentos a los muertos en

Las relaciones interdisciplinarias en torno al patrimonio industrial se sitúan en el contexto más inclusivo de las existentes entre diferentes ciencias sociales, sin excluir el concurso de la arquitectura o la historia del arte. Así, las definiciones más inclusivas de arqueología industrial entienden ésta como antropología histórica de la sociedad industrial, que comprendería la investigación no sólo de los aspectos materiales de la cultura, sino también la historia y los cambios de mentalidades y subculturas inherentes a la industrialización¹⁶ (Álvarez, 2003: 31-32). Más allá de las fuentes, escritas u orales, la observación de las permanencias físicas pueden revelar aspectos de las condiciones de vida y de trabajo de las clases subalternas, tales como la organización espacial del centro de trabajo, los niveles tecnológico y productivo o la estructura jerárquica. Aunque la mina y la fábrica no son únicamente edificios ni artilugios técnicos, sino lugares en los que se manifiestan las relaciones sociales de producción, y en torno a los que se articulan los espacios de reproducción sociocultural. Tras las instalaciones y la maquinaria, en los talleres y en las manufacturas puede percibirse la sombra del obrero que los hacía funcionar y del responsable que los dirigía (Andrieux, 1990: 240); una memoria del trabajo que va más allá de su organización y de los métodos de producción. Y es que el legado patrimonial de la industria inscribe en el territorio los rasgos culturales, la memoria y la identidad de la sociedad industrial. Una memoria materializada en artefactos y edificios, pero también institucionalizada en organizaciones y formas de sociabilidad, y encarnada en personas a modo de *habitus* (Castillo, 2004: 14).

El estudio del patrimonio industrial implica la convergencia, en un crisol disciplinar, de saberes que se fecundan mutuamente:

accidentes laborales (Gérôme, 1995). Resultan más expresivos, sin embargo, los análisis de las culturas del trabajo, de sus nexos con las identidades colectivas, o los rituales corporativos, desde el 1º de mayo hasta la Santa Bárbara de los mineros (Morel, 1989; Gérôme, 1991; Homobono, 1994).

¹⁶ Pero, pese a altisonantes declaraciones de que la arqueología industrial debe interesarse tanto por el hombre como por los objetos imputables a su ingenio, lo cierto es que la mayor parte de los trabajos elaborados a partir de esta perspectiva demuestran mayor interés por los elementos tangibles del proceso de industrialización que por los aspectos socioculturales que lo contextualizan.

antropología cultural, sociología de la cultura, historia social, geografía, economía, arqueología y arquitectura cuando menos. Y, en este concierto, los dos primeros poseen las claves precisas para explicitar los vínculos entre identidades, sentimientos de pertenencia y una memoria objetivada en forma de patrimonio. Eso sí, evitando mediante la mirada crítica y el rigor analítico los riesgos de ser atrapados por el Escila del esencialismo y por el Caribdis de la reificación.

BIBLIOGRAFÍA

AGUDO TORRICO, Juan (2006) "Patrimonio cultural y discursos de identidad" in K. FDEZ. DE LARRINOA (ed.) *Intervención y vínculo*, Pamplona, Pamiela, pp. 61-85.

AGUDO TORRICO, Juan y FERNÁNDEZ DE PAZ, Esther (1999) "Patrimonio cultural y museología: significados y contenido" in E. FDEZ. DE PAZ y J. AGUDO (coords.) *Patrimonio cultural y museología. Significados y contenidos. Actas del VIII Congreso de Antropología*, Santiago de Compostela, FAAEE - AGA, pp. 7-15.

ÁLVAREZ ARECES, Miguel A. (2007) *Arqueología industrial. El pasado por venir*, Gijón, CICEES.

- (2003) "Industrias culturales y patrimonio industrial" in M. A. ÁLVAREZ ARECES (coord.) *Estructuras y paisajes industriales. Proyectos socioculturales y turismo industrial*, Gijón, Incuna, pp. 15-39.

ANDRIEUX, Jean-Yves (1990) "Le patrimoine industriel" in A. CROIX y D. GUYVARCH (eds.) *Guide de l'histoire locale*, París, Seuil, pp. 239-257.

- (1992) *Le patrimoine industriel*, París, Presses Universitaires de France.

ANICO, Marta y PERALTA, Elsa (2005) "A activação turístico-patrimonial: uma análise dialógica" in A. SANTANA y LI. PRATS (coords.) *El encuentro del turismo con el patrimonio cultural*, op. cit., pp. 9-25.

ARIÑO VILLARROYA, Antonio (2001) “A invención do patrimonio cultural e a sociedade do risco”, *GRIAL XXIX 149*, pp. 67-82.

- (2002a) “La patrimonialización de la cultura y sus paradojas en la sociedad del riesgo” in J. M^a. GARCÍA BLANCO y P. NAVARRO (eds.) *¿Más allá de la modernidad?*, Madrid, CIS, pp. 329-352.

- (2002b) “La expansión del patrimonio cultural”, *Revista de Occidente*, 250, Madrid, pp. 129-150.

BERGERON, Louis y DOREL-FERRÉ, Gracia (1996) *Le patrimoine industriel. Un nouveau territoire*, París, Liris.

BOUVIER, Pierre (2000) *La socio-anthropologie*, París, Armand Colin.

CASTILLO ALONSO, Juan José (2004) “La memoria del trabajo y el futuro del patrimonio”, *Sociología del trabajo* 52, pp. 3-36.

GARCÍA, José Luis y PAZOS, Álvaro (pres.) (1998) *El patrimonio cultural, Política y Sociedad* 27 (monográfico), Universidad Complutense, Madrid.

GÉRÔME, Noëlle (1991) “Le folklore des usines: transmission, production, diffusion de connaissances” in X. BARRAL (dir.) *Archéologie industrielle en Bretagne*, Rennes, Arts de l’Ouest, pp. 257-263.

- (dir.) (1995) *Archives sensibles. Images et objets du monde industriel et ouvrier*, Cachan (Fr.), Éditions de l’Ens-Cachan.

HERNÁNDEZ I MARTÍ, Gil-Manuel et al. (2005) *La memoria construida. Patrimonio cultural y modernidad*, Valencia, Tirant lo Blanch.

HEWISON, Robert (1987) *The Heritage Industry: Britain in a Climate of Decline*, Londres, Methuen.

HOMOBOÑO, José Ignacio (1992) “Evolución y estado actual de la antropología social en el País Vasco”, *Anales de la Fundación Joaquín Costa* 9, Huesca, pp. 123-145.

- (ed.) (1993) *Conservas de pescado y litografía en el litoral cantábrico*, Madrid, FEVE.

- (ed.) (1994) *La cuenca minera vizcaína. Trabajo, patrimonio y cultura popular*, Madrid, FEVE.

- (2000) “De la antropología social a la antropología urbana” y “Antropología urbana: itinerarios teóricos, tradiciones nacionales y ámbitos temáticos en la exploración de lo urbano” in J. I. HOMOBONO (ed. lit.) *Invitación a la antropología urbana*, núm. monográfico de *ZAINAK. Cuadernos de Antropología-Etnografía 19*, Donostia- San Sebastián, Eusko Ikaskuntza, pp. 7-11 y 15-50.

- (2003) “Miradas socioantropológicas sobre la ciudad y sus culturas” in J. I. HOMOBONO y J. A. RUBIO-ARDANAZ (eds. lits.) *Las culturas de la ciudad*, monográficos de *ZAINAK 23-24*, pp. 19-52.

- (2004) “Las culturas de la ciudad: antropología urbana en la Península Ibérica” in *Anuario 2003. Centro de estudios Superiores de México y Centroamérica*. L. CALVO; M. LISBONA; y F. X. MEDINA (comps.) dossier *Perspectivas socioculturales para un nuevo milenio. Una aportación antropológica desde España*, Tuxtla Gutiérrez, Universidad de CC. y Artes de Chiapas, pp. 129-172.

- (2007) “El patrimonio industrial y sus activaciones: turismo, museos, ecomuseos y reutilización”, *KOBIE. Serie Antropología Cultural 12*, Bilbao, Diputación Foral de Bizkaia, pp. 5 a 33.

LASMENES, Marie-Ange (2006) “Les métiers d’art à Biot. Construction et usages politiques d’un patrimoine” in D. POULOT (coord.) *Les mondes du patrimoine*, monográfico de *Socio-Anthropologie 19*, Chalons-sur-Saône (Fr.), ERASH, pp. 97-108.

MAURINES, Béatrice (2006) “Proyectos etnológicos de patrimonialización industrial y desarrollo local” in K. FDEZ. DE LARRINOA (ed.) *Intervención y vínculo*, Pamplona, Editorial Pamiela, pp. 105-124.

MOREL, Alain (coord.) (1989) *Cultures du travail. Identités et savoirs indus triels dans la France contemporaine*, París, Maison des sciences de l’homme.

ORTIZ, Carmen y PRATS, Ll.(2000) “La question du patrimoine” in *Espagne. Anthropologie et cultures*, monográfico de *Ethnologie Française XXX, 2*, París, pp. 241-249.

PERALTA, Elsa y ANICO, Marta (eds.) (2006) *Patrimónios e identidades. Ficções Contemporâneas*, Oeiras (Portugal), Celta Editora.

PRAT, Joan (1999) “Folklore, cultura popular y patrimonio. Sobre viejas y nue -vas pasiones identitarias”, *Arxius de sociologia* 3, València, pp. 87-109.

PRATS, Llorenç (1997) *Antropología y patrimonio*, Barcelona, Ariel.

- (1998) “El concepto de patrimonio cultural” in *El patrimonio cultural*, mono- gráfico de *POLÍTICA Y SOCIEDAD* 27, Madrid, Univ. Complutense, pp. 63-76

PRATS, Llorenç e INIESTA, Montserrat (coords.) (1993) *El patrimonio etnológico. Actas del VI Congreso de Antropología, VI*, Tenerife, FAAEE-ACA.

PRATS, Llorenç y SANTANA, Agustín (2005) “Reflexiones libérrimas sobre patrimonio, turismo y sus confusas relaciones” in A. SANTANA y Ll. PRATS (coords.) *El encuentro del turismo con el patrimonio cultural: concepciones teóricas y modelos de aplicación, X Congreso de Antropología*, Sevilla, FAAEE – ASANA, pp. 9-25.

SANTAMARINA CAMPOS, Beatriz (2005) “Una aproximación al patrimonio cultural”, en: G.-M. HERNÁNDEZ et al. *La memoria construida. Patrimonio cultural y modernidad*, op. cit., pp. 21-51.

SEGALEN, Martine (2003) “Cuestiones de identidad y alteridad. La experiencia francesa del patrimonio” in J. A. GONZÁLEZ ALCANTUD (ed.) *Patrimonio y pluralidad. Nuevas direcciones en antropología patrimonial*, Granada, Diputación de Granada, pp. 41-62.

UNAMUNO, Miguel (1973 [1898]) “La Casa-Torre de los Zurbarán” in *De mi país*, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 135-141.